



ANNA (NAN) SHEPHERD

Nació en 1893 en la pequeña comunidad rural de Peterculter, al norte de Escocia, en la confluencia de los arroyos Crynoch Burn y Leuchar Burn. A pesar de sus orígenes humildes, se graduó en la Universidad de Aberdeen en 1915 y fue profesora de Literatura Inglesa durante las siguientes cuatro décadas. Pero también fue una jardinera entusiasta y una montañera incansable. Realizó multitud de viajes por Europa y África, pero siempre regresó a la casa donde nació, se crió y vivió casi toda su vida adulta. Escribió tres novelas, *The Quarry Wood* (1928), *The Weatherhouse* (1930) y *A Pass in the Grampians* (1933), así como un poemario, *In the Cairngorms* (1934), y uno de los grandes libros de la *nature writing* anglosajona, *La montaña viva*. En Escocia se la considera una escritora de culto. Murió en 1981.

LA MONTAÑA VIVA

NAN SHEPHERD

ENSAYO INTRODUCTORIO DE ROBERT MACFARLANE
TRADUCCIÓN DE SILVIA MORENO PARRADO



errata naturae

ÍNDICE

PRIMERA EDICIÓN: febrero de 2019
TÍTULO ORIGINAL: *The Living Mountain*

© Nan Shepherd, 2008
© Robert Macfarlane, 2011

Published by arrangement with Canongate Books Ltd.

14 High Street, Edinburgh EH1 1TE

© de la traducción, Silvia Moreno Parrado, 2019

© Errata naturae editores, 2019

C/ Alameda 16, bajo A.

28014 Madrid

info@erratanaturae.com

www.erratanaturae.com

ISBN: 978-84-16544-96-7

DEPÓSITO LEGAL: M-41642-2018

CÓDIGO BIC: BM

IMAGEN DE PORTADA: © Alec Soth/Magnum Photos

MAQUETACIÓN: A. S.

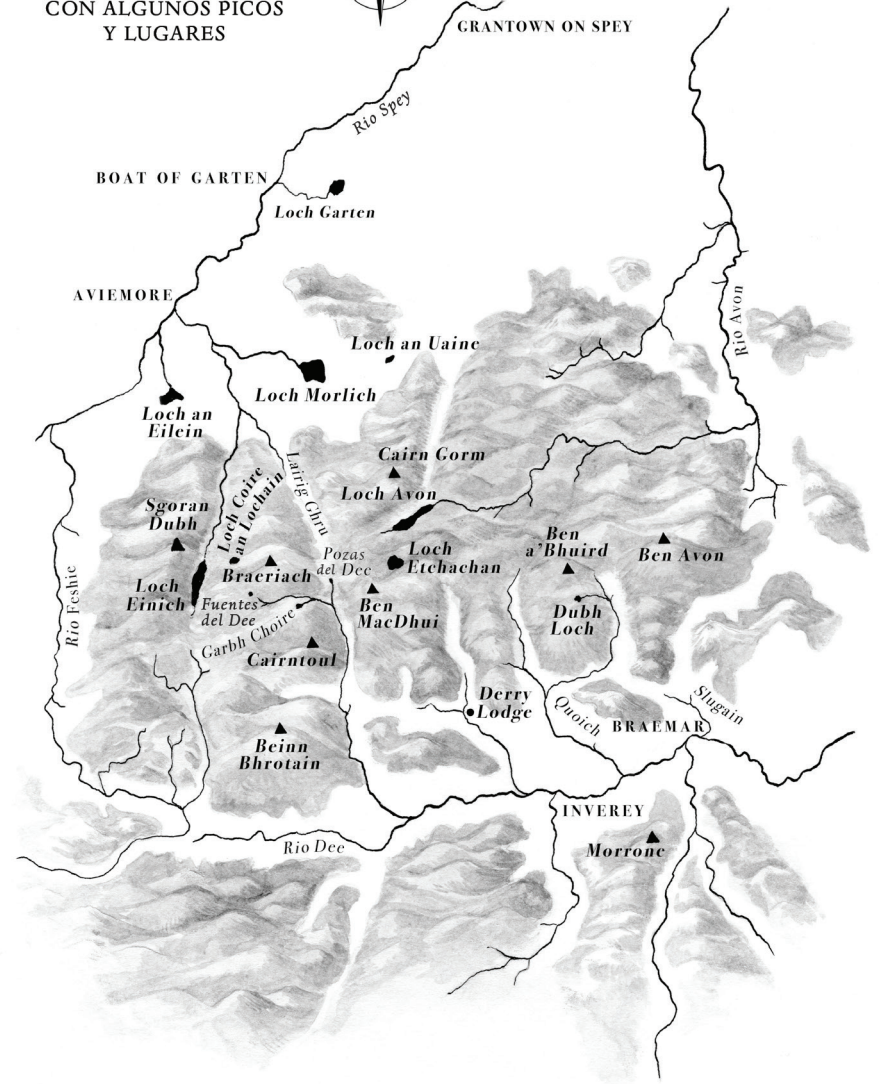
IMPRESIÓN: Kadmos

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Los editores autorizan la reproducción de este libro, de manera total o parcial,
siempre y cuando se destine a un uso personal y no comercial.

Mapa de la meseta de los Cairngorms	7
<i>Ensayo introductorio</i> Robert Macfarlane	9
LA MONTAÑA VIVA	45
PRÓLOGO	47
1 LA MESETA	51
2 LOS RECOVECOS	61
3 EL CONJUNTO	71
4 AGUA	79
5 HIELO Y NIEVE	87
6 AIRE Y LUZ	103
7 VIDA: PLANTAS	111
8 VIDA: AVES, ANIMALES, INSECTOS	127
9 VIDA: SER HUMANO	147
10 SUEÑO	165
11 LOS SENTIDOS	173
12 SER	185

LA
MESETA DE LOS
CAIRNGORMS
CON ALGUNOS PICOS
Y LUGARES



10 kilómetros / 6,2 millas

ENSAYO INTRODUCTORIO

Robert Macfarlane

Los montes Cairngorms, en el noreste de Escocia, son el Ártico de Gran Bretaña. En invierno, unos vientos huracanados de hasta doscientos setenta y cinco kilómetros por hora barren las zonas más elevadas de la cordillera, las avalanchas arrasan sus laderas y las auroras boreales refulgen en verde y rojo por encima de las cumbres. Incluso en pleno verano sigue habiendo nieve en los circos más profundos, que va amalgamándose despacio hasta convertirse en hielo. Durante todo el año, el viento es tan persistente que en las mesetas hay pinos bonsái de quince centímetros de altura aunque totalmente desarrollados, y enebros que se aplastan contra las rocas para formar densos bosques de duendes. Dos de los grandes ríos de Escocia, el Dee y el Avon, nacen aquí: caen en forma de lluvia, se filtran a través de la roca, forman pozas del agua más transparente que he visto jamás y luego fluyen hacia el

mar con una fuerza cada vez mayor. El sistema montañoso en sí es el muñón erosionado de una masa de magma que surgió a través de la corteza terrestre en el periodo devónico, se enfrió hasta convertirse en granito y, finalmente, se elevó por entre los esquistos y gneis circundantes. Los Cairngorms llegaron a ser en su día más altos que los Alpes actuales, pero los millones de años de erosión los han convertido en un paraje de escasa altura formado por colinas redondeadas y riscos hechos pedazos. El macizo, nacido del fuego, esculpido por el hielo y perfeccionado por el viento, el agua y la nieve, es un terreno moldeado por lo que Nan Shepherd, en esta elegante obra maestra sobre la región, denomina «los elementales».

Anna (Nan) Shepherd nació cerca de Aberdeen en 1893 y murió allí en 1981. Durante su larga vida, dedicó cientos de días y miles de kilómetros a recorrer los Cairngorms a pie. Su reputación como escritora se debe sobre todo a sus tres novelas modernistas, *The Quarry Wood*, *The Weatherhouse* y *A Pass in the Grampians*, pero, en mi opinión, su obra en prosa más importante ha sido, hasta hace poco, la menos conocida: *La montaña viva*, que escribió durante los últimos años de la Segunda Guerra Mundial.

Shepherd era una localista del mejor tipo: llegó a conocer de cerca el entorno que eligió, pero esa cercanía sirvió para intensificar su visión, en lugar de limitarla. Recibió una humilde educación de clase media y llevó una modesta vida regional: estudió en el instituto para chicas de Aberdeen, se licenció en la universidad de la misma ciudad en 1915 y pasó los cuarenta y un años siguientes dando

clases de Literatura Inglesa en lo que hoy se conoce como Aberdeen College of Education (describía irónicamente su labor docente allí como «una tarea encomendada por el cielo para evitar que unos cuantos alumnos de los que pasan por nuestra institución se amolden por entero al patrón aceptado»). Viajó con profusión —entre otros países a Noruega, Francia, Italia, Grecia y Sudáfrica—, pero sólo vivió en el pueblo de West Cults, en el norte de Deeside. Los Cairngorms, cuyas estribaciones se alzan a unos pocos kilómetros de West Cults, eran su feudo. Entraba y salía de las montañas en todas las estaciones, al amanecer, de día, al atardecer y de noche; a veces caminando sola y a veces con amigos, alumnos u otros senderistas del Deeside Field Club. Como todos los auténticos amantes de la montaña, sufría mal de altura si pasaba demasiado tiempo al nivel del mar.

Desde muy temprana edad, Shepherd quiso beberse la vida. Parece que vivió con un entusiasmo intenso pero sosegado. En una nota a una amiga, hablando de una fotografía que muestra a una Nan muy pequeña, sentada en las rodillas de su madre, se describe a sí misma como «toda movimiento, las piernas y los brazos agitándose como si estuviera pidiendo salir a la vida; te juro que las extremidades se mueven cuando las miras». Desde el punto de vista intelectual, era lo que Coleridge denominó en una ocasión «cormorán de biblioteca», una lectora omnívora y voraz. El 7 de mayo de 1907, con sólo catorce años, empezó la primera de las que llamó sus «misceláneas»: libros sobre el día a día en los que copiaba citas literarias,

filosóficas y religiosas que revelan la amplitud de sus lecturas juveniles.

Shepherd publicó sus tres novelas en una extraordinaria explosión de creatividad que duró cinco años, de 1928 a 1933. Su poemario *In the Cairngorms* se publicó en 1934, pisándoles los talones a las novelas, en una tirada minúscula; hoy resulta casi imposible de encontrar. Es el libro del que se sentía más orgullosa. Shepherd tenía una jerarquía de géneros muy clara en la cabeza, y la poesía estaba en la cúspide. «La poesía —escribió al novelista Neil Gunn, con quien mantuvo una correspondencia caracterizada por el coqueteo y el ardor intelectual— alberga en su forma más intensa el corazón mismo de toda experiencia» y permite vislumbrar «ese meollo ardiente de la vida». Pensaba que sólo podía escribir poesía cuando estaba «poseída», cuando su «naturaleza toda [...] saltaba de pronto a la vida». Pero expresaba a Gunn su preocupación por que sus poemas —«sobre estrellas, montañas y luz»— fueran demasiado «fríos» e «inhumanos». Aun así, afirmaba: «Cuando estoy poseída, es lo único que sale de mí».

Cuatro libros en seis años y, después, nada. Shepherd tardó cuarenta y tres años en publicar otro libro. Es difícil saber ahora si su silencio literario se debió a la discreción o al bloqueo. En 1931, en el culmen incluso de su producción, se vio afectada por algo parecido a la depresión ante su repentina incapacidad para escribir. «Me he quedado muda —escribió pesimista a Gunn aquel año—. En la vida se llega (yo, al menos) a esos lugares

mudos. Supongo que no puede hacerse nada, salvo seguir viviendo. Tal vez las palabras aparezcan. O tal vez no. Y, si no aparecen, supongo que tendré que conformarme con ser muda. Al menos, no gritar por el mero hecho de hacer ruido». Las «palabras» regresaron a ella después de 1934, pero sólo de forma intermitente. Escribió poco, salvo por *La montaña viva* —que apenas sobrepasa las treinta mil palabras— y varios artículos para la revista del Deeside Field Club.

Es difícil dar con información precisa sobre la redacción de *La montaña viva*. Lo escribió, sobre todo, durante los años finales de la Segunda Guerra Mundial, aunque está basado en toda una vida de experiencias montaÑe-ras. En el libro, la guerra está presente como un trueno lejano: están los aeroplanos que se estrellan en la meseta y en los que muere toda la tripulación, las noches de apagón en las que Shepherd camina hasta una radio de la zona para oír las noticias de las campañas, la tala de abetos en el bosque de Rothiemurchus para el abastecimiento del complejo militar. Sabemos que Shepherd había terminado un borrador a finales del verano de 1945, porque en aquellos días envió una versión a Gunn para que éste lo analizara y le diera su opinión. «Querida Nan: no hace falta que te diga cuánto he disfrutado tu libro», empieza diciendo en su atinada crítica:

Está bellamente escrito. Con comedimiento, la precisión perfecta del artista, el científico o el erudito; con una exactitud que no es nunca pedante, sino estricto homenaje. Así

es como se manifiestan el amor y la sabiduría; [...] manejas realidades. Y vas avanzando con hipótesis, de forma metódica y con calma, porque la luz y la esencia son realidades de tu mundo.

Gunn detecta de inmediato los rasgos distintivos del libro: la precisión como una forma de lirismo, la atención como devoción, la exactitud como homenaje, la descripción estructurada mediante hipótesis y datos, libres de su lastre, de tal manera que levitan y muestran otros comportamientos curiosos. Pero, más adelante, la carta se vuelve un poco condescendiente. Cree que será «difícil, quizá» que se publique. Le propone que añada fotografías y un mapa para ayudar a los lectores para quienes los «nombres propios» de los Cairngorms no significarán nada. La previene contra la editorial Faber, que «está hecha un desastre», y le sugiere la posibilidad de que lo publique por entregas en *Scots Magazine*. La felicita —«¡duendecillo de las aguas!»— por haber escrito algo que podría interesar a tantos «apasionados de la montaña y el campo».

Shepherd, que no pudo o no quiso que el libro se publicara en aquel momento, dejó guardado el manuscrito en un cajón durante más de cuatro décadas, hasta que Aberdeen University Press lo publicó por fin, y sin grandes aspavientos, en 1977. Aquel mismo año, aparecieron *In Patagonia (En la Patagonia)*, de Bruce Chatwin, *A Time of Gifts (El tiempo de los regalos)*, de Patrick Leigh Fermor, y *Coming into the Country*, de John McPhee; un año después, se publicó *The Snow Leopard (El leopardo de las nieves)*, de Peter

Matthiessen, una epopeya montañesa de aires zen. Para mí, *La montaña viva* está al mismo nivel que estos cuatro clásicos, mucho más famosos, del género de lugar y los viajes. Junto con *The Peregrine (El peregrino)* (1967), de J. A. Baker, con el que comparte la intensidad de la comprensión, una desobediencia genérica, una encendida prosa poética y una obsesión (ocular, oracular) con el globo del ojo, es uno de los dos estudios británicos del siglo xx más notables sobre un paisaje que conozco. Por muchos motivos —pero, sobre todo, dado el interés actual por la *nature writing* o literatura sobre naturaleza—, es un libro que debería encontrar nuevas generaciones de lectores. Debo tener cuidado con lo que digo sobre él, ya que Shepherd despreciaba los elogios. En una carta de 1930 dirigida a Gunn, condenaba «las exclamaciones, demasiado halagadoras, de la prensa escocesa» que había reseñado sus dos primeras novelas. «¿Tú no detestas que tu obra se ensalce en exceso?» —le pregunta—. A mí me hace sentir un desprecio total hacia quien la ensalza». Me cuesta imaginar que este libro «se ensalce en exceso», teniendo en cuenta la alta estima en que lo tengo, pero —una vez clara la advertencia— me andaré con ojo.

La montaña viva es un libro extraordinariamente difícil de describir. ¿Un poema en prosa de carácter celebratorio? ¿Una búsqueda geopoética? ¿El panegírico de un lugar? ¿Una investigación filosófica sobre la naturaleza del conocimiento? ¿Una mezcla de presbiterianismo y tao? Ninguna de estas descripciones acaba de encajar en el conjunto,

aunque la obra es, en parte, todas estas cosas. La propia Shepherd la denomina «un tránsito de amor», donde «tránsito» se refiere más a «intercambio» y «reciprocidad» que a «congestión» o «atasco», y con un estremecimiento de erotismo en la palabra «amor». En el lenguaje del libro se percibe el tiempo, en los dos sentidos de la palabra: está lleno de distintos tipos de clima, pero es también el resultado de décadas de contacto con «los elementales». En cuanto al tono, se caracteriza por la coexistencia de «claridad del intelecto» y «oleada[s] de emoción», y, en cuanto al género, por la combinación de notas de campo, memorias, historia natural y meditación filosófica. Es estimulante desde una perspectiva materialista —la emoción por la alteridad del granito de los Cairngorms, por una montaña-mundo que «no hace nada, nada en absoluto, salvo ser ella misma»— y casi animista en su relato de cómo interactúan la mente y la montaña.

Lo verdaderamente crucial es que *La montaña viva* ha de entenderse como una obra parroquial en su sentido más amplio. Durante el siglo pasado, el término «parroquial» ha degenerado. La forma adjetivada de «parroquia» ha pasado a denotar sectarismo, provincianismo, limitación: un pensamiento o una comunidad vueltos hacia dentro, hacia sí mismos, una finitud peyorativa. Pero no siempre fue así. Patrick Kavanagh (1904-1967), el gran poeta de la vida mundana irlandesa, no albergaba dudas sobre la importancia de la parroquia. Para Kavanagh, la parroquia no era un perímetro, sino una apertura: un espacio a través del cual podía verse el mundo. «El parroquialismo es

universal —escribió—. Tiene que ver con los fundamentos». Obsérvese que Kavanagh, igual que Aristóteles, no difumina lo «universal» en lo «general». Lo «general», para Aristóteles, era lo amplio, lo vago, lo no discernido. Lo «universal», en cambio, consistía en principios bien distinguidos, inducidos a partir de una intensa concentración en lo particular. Kavanagh volvía una y otra vez a esta conexión entre lo universal y lo parroquial, y a la idea de que aprendemos mediante la atenta observación de lo que tenemos a mano. «Todas las grandes civilizaciones se basan en el parroquialismo», escribió, con gran tino:

Conocer por completo incluso un terreno o un lugar es una experiencia que lleva toda la vida. En el mundo de la profundidad poética, lo que cuenta es la profundidad, no la amplitud. Una abertura en un seto, una roca lisa que cubre un camino estrecho, la visión de un prado boscoso, el arroyo en la intersección de cuatro parcelitas... eso es todo lo que un hombre puede experimentar por completo.

Shepherd llegó a conocer los Cairngorms en «profundidad», más que en «extensión», y son para ella lo que Selbourne fue para Gilbert White, Sierra Nevada para John Muir y las islas Aran para Tim Robinson. Eran su isla en tierra, su parroquia personal, el territorio que amó, recorrió y estudió con el tiempo, de forma que esa concentración dentro de sus perímetros la llevó a un conocimiento elevado al cubo, en lugar de a un conocimiento limitado. ¿Y si, preguntó una vez Shepherd a Gunn, se pudiera

hallar la manera de «irradiar lo común»? Eso, concluyó, «convertiría algo en universal». La irradiación de lo «común» en lo «universal» es lo que consiguió hacer en *La montaña viva*.

La mayoría de las obras de literatura sobre montañismo ha sido escrita por hombres, y la mayoría de montañeros hombres se centra en las cumbres: una expedición a la montaña se califica por el éxito o fracaso del ascenso. Pero aspirar al punto más alto no es la única forma de subir una montaña, al igual que una narración sobre un asedio y un ataque no es la única forma de hablar de esos episodios. Es mejor pensar en el libro de Shepherd, quizá, no como una obra de literatura sobre montañismo, sino de literatura sobre montañas. Al principio, confiesa que, de joven, había sentido el «ansia» por «esa descarga adrenalínica de la altura», que veía los Cairngorms de forma egocéntrica y los valoraba en función de «los efectos que causaban en mí». «Iba siempre a por las cumbres». *La montaña viva* cuenta como, con el tiempo, aprendió a adentrarse en el monte sin objetivo, «simplemente para estar con la montaña, igual que se visita a un amigo sin más intención que la de estar con él». «Estoy otra vez en la meseta, tras dar vueltas por ella como cuando los perros se mueven en círculos para comprobar si es un buen sitio —comienza, parlanchina, un capítulo—. Creo que lo es y voy a quedarme un rato en este lugar». La circunvalación ha sustituido la fiebre por las cumbres; la meseta ha sustituido el pico. Shepherd ha perdido el interés por descubrir una cúspide desde la que pueda convertirse en el *catascopos*, ese observador en las

alturas que lo ve todo con un ojo divino. De ahí, la magnífica imagen de la primera página del libro (que ha cambiado para siempre mi forma de percibir los Cairngorms), en la que propone imaginar el macizo no como una serie de cumbres aisladas, sino como una entidad: «La meseta es la verdadera cima de estas montañas; deben verse como una única montaña, y todas las cumbres [...] no son más que remolinos en la superficie de la meseta».

Como senderista, pues, Shepherd practica una suerte de peregrinaje impío. Camina alrededor, por encima, a través y dentro de la montaña, en lugar de remontarla. Hay una humildad implícita en sus actos repetidos de cruzarla que supone un correctivo para la autoexaltación del hambre del montañista por un punto extremo. La peregrina se conforma siempre con mirar a lo largo y hacia dentro, hacia el misterio, allí donde el montañero ansía mirar hacia abajo y hacia fuera, hacia el conocimiento absoluto.

Los Cairngorms fueron mi primer sistema montañoso y siguen siendo los montes que mejor conozco. Mis abuelos vivían en una antigua cabaña de uso forestal reformada, en un extraño saliente de piedra caliza en las laderas noreste del macizo, y el terreno de pasto agreste que tenían llegaba hasta las orillas del río Avon. Desde pequeño, iba a visitarlos con mi familia; normalmente, en verano. En una pared de la casa había colgado un enorme mapa plastificado de todo el sistema, hecho por el Ordnance Survey, en el que se podían seguir con el dedo los senderos recorridos y los previstos. Mi abuelo era diplomático

y montañero y había pasado la vida subiendo montañas de todo el mundo, y fueron él y su mundo de los Cairngorms los que me lanzaron, siendo niño, el hechizo de las alturas. Su piolet de noventa centímetros con empuñadura de madera y sus viejos crampones de hierro eran, para mi imaginación infantil, como los puntales de la brujería. Me enseñaba fotos en blanco y negro de los picos a los que había subido, en los Alpes y el Himalaya, y a mí me parecía milagroso que el ser humano pudiera ascender por esas estructuras. El montañismo se me antojaba entonces —como dice Shepherd— «una tarea legendaria que emprendían los héroes, no los humanos». Y a mí, como a Shepherd, conocer los Cairngorms en la infancia «me ató de por vida a la montaña». Desde entonces, he cruzado el macizo a pie y esquiando muchas veces, y mis mapas de la región están ya enmarañados, con todas las marcas de las pistas seguidas y las rutas que he intentado hacer. He visto decenas de liebres de las nieves, de color blanco azulado, grandes como perros, aparecer de pronto tras una turbera, al otro lado del Glas Maol, he seguido a bandadas de escribanos nivales que pasaban en ráfagas sobre la meseta del Braeriach y, en una ocasión, me pasé horas refugiado en un agujero en la nieve, por encima de los Northen Corries, en mitad de una terrible ventisca.

Así pues, conocía los Cairngorms mucho antes de conocer *La montaña viva*, que no leí por primera vez hasta 2003, cuando un antiguo amigo me lo recomendó. Me habló de él como de un libro que casi se había colado entre las grietas del canon, un clásico perdido. Lo leí y me

cambió. Pensaba que conocía bien los Cairngorms, pero Shepherd me demostró mi autocomplacencia. Su libro reconfiguró la visión que tenía de esos montes conocidos. Me enseñó a verlos en lugar de sólo mirarlos.

La montaña viva está plagada de esas manifestaciones de atinada percepción que sólo surgen de quedarse «un rato en este lugar», de sus frecuentes recorridos en un paraje determinado. «El abedul [...] necesita lluvia para emitir su olor. Se trata de un aroma con cuerpo, afrutado como un brandy añejo, que, los días de calor y humedad, emborracha igual», señala Shepherd. Yo no había notado antes el «aroma» del abedul, pero ahora no puedo estar entre un grupo de abedules, un día lluvioso de verano, sin notar ese olorcillo a Courvoisier. En otros sitios, Shepherd observa y toma nota del ascenso de un águila real «en un bucle tras otro» sobre una corriente térmica, «los diminutos cálices escarlata de los líquenes», el vuelo de la «perdiz nival de alas blancas», una liebre cruzando la nieve iluminada por el sol, con la compañía de su «extraño esqueleto de sombra ridículo y patilargo». Tiene un ojo similar al de Andy Goldsworthy para las manifestaciones fortuitas de arte natural que ofrece la montaña: «Las envolturas de los brotes de haya, arrastradas por el viento, dibujan líneas de marea al borde de los caminos y visten de resplandor los caminos polvorientos de mayo». Pasa una noche de octubre en un aire que es «suave como la seda» y, mientras dormita sobre el granito plutónico de la meseta, siente cómo se vuelve de piedra, «enraizada muy abajo, en su inmovilidad», metamorfoseada por la roca ígnea en un nuevo yo mineral.